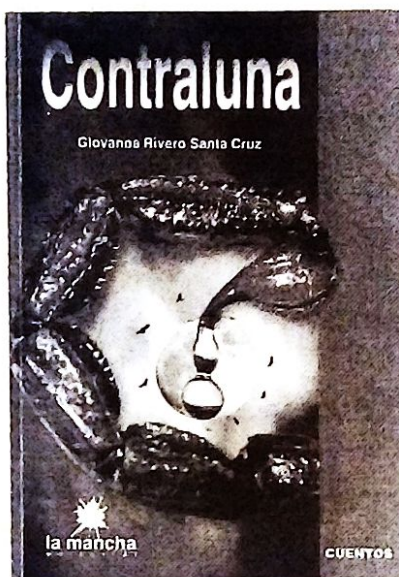


## Figuritas fosforescentes

Ayer, hoy

Uno es lo que hace. Si usted hubiera trabajado despedazando las cosas, las orejotas de Micky Mouse, la mallita que usa el hombre araña para que no se le enganchen las pelotas cuando se la tiene que bardear, me entendería. Yo mismo no me di cuenta de mi transformación, parecía cansancio nomás, estrés le dicen, llegaba a la casa, me tumbaba en el catre y cerraba los ojos, pero seguía viendo al hombre araña y a Micky Mouse hechos pedacitos, como siempre, entonces apretaba más los ojos, más y más hasta que dolían y sólo vía estrellas, espirales, unas figuritas fosforescentes, ¿se da cuenta? Debía cambiar de trabajo ahí nomás, pero es que ya venía dejando dos trabajos y yo quería, quiero ser un hombre consecuente. Antes, me dedicaba a echar fuego por la boca. "El dragón de la Grigotá" me decían, porque me paraba en esa rotonda para hacer el show. Usted agarra un palo de escoba y le ata en la punta un trapito humedecido con kerosén para armar su antorcha, su instrumento de trabajo. Cuando paran los vehiculos usted se mete a la boca un buchecito de kerosén y se acerca la antorcha. Hay que tener cuidado de escupir inmediatamente el líquido, ahí nomás aparece la llamarada y la gente piensa que uno echa fuego, igualito a los dragones. Mi show era superior a Drácula porque yo lo aderezaba con unos gritos al estilo Jacky Chan, ¿ha visto usted esas películas? Y a veces hasta me animaba a levantar la pierna como karateka. Lo malo fue la acidez, quieras o no el kerosén se va entrando al organismo hasta que a uno se le jode la garganta y el estómago. Noches enteras me la pasaba sentado, eructando a kerosén, una maldición. Yo no me acercaba a Lola para no asquearla con mi tufo; al final, tuve que dejar el negocio. Pero más temprano que tarde apareció la pega de reidor. Cerca del Cuarto Anillo hay una peña donde se le ofrece al cliente toda clase de números, es un programa bien surtido, música al vivo, striptease, bingo, y lo mejor de todo, los chistes. Fue ahí que me "descubrieron" como se dice. Yo había ido a olvidar mis penas, que nunca han sido pocas, ya ve usted, y me ref como si tuviera un millón de dólares en el bolsillo. La gente que estaba en mi mesa se reía todavía más de escucharme a mí, así que esa misma noche me contrataron. La pega consistía en pararme al lado del humorista, un enano maldito para la mímica, y hacerle la coreografía con mis carcajadas. Era bonito al principio, pero después, cuando me aprendí de memoria todingos los chistes, tenía que hacer un esfuerzo enorme para reirme; llegaba a casa con la cara dolorida, con decirle que no podía ni cepillarme los dientes, así que la dentadura se me empezó a cariar y me echaron de la pega. Nada sería eso, sino que se me quedó la maña de andar riendo, como si fuera, pues, una obligación. Y yo creo que ahí empezó todo, este malentendido que tuve con Lola, mi mujer. Porque no crea que con haber aceptado el tercer trabajo me olvidé de reír. Fíjese que hasta en pleno velorio, por llorar, río, y no es que no tenga sentimientos, me duele en el alma, se me estroja el corazón, lo tengo hecho añicos, un dolor inmenso, más ácido que la acidez del kerosén, un dolor que ya le cuento, pero en vez de llorar, río, un problema .... Nunca acepte reír por dinero, se lo aconsejo.

Y le digo, además uno es lo que hace. En el tercer trabajo, nada del otro mundo, yo sólo tenía que pasar las cartulinas con la imagen del hombre araña o de Micky Mouse bajo la guillotina. Luego plastificaba y el rompecabezas estaba listo. Usted debe creer que un trabajo así es de lo más simple, nada peligroso, un producto para los niños, ¿no? El problema, le hago recuerdo, es que uno se cansa de ver la realidad en pedacitos, usted aprieta sus ojos y la sigue viendo, y después todo se mezcla, la orejotas de Micky Mouse con las manos tarantulas del hombre araña. Todo, todingo se mezcla, la risa, y los espirales fosforescentes. Y el reclamo de Lola. Que yo no era lo suficientemente



hombre para ella, dijo, porque llegaba agotado y enseguida me dormía, sin cumplirle, y que se iba a buscar otro. ¿Otro? No pues, Lolita, si yo te amo, le dije, todo lo que hago lo hago por vos, hasta he dejado mis trabajos nocturnos para estar a tu lado, pero te prometo que mañana voy a llegar chalinga. Entonces ella dijo que no se iba a buscar otro, porque ya lo tenía, que era un teniente, dijo, imagínese. Yo quise llorarle, le juro, no sólo para enternecerla, sino porque así lo sentía en mi pecho, apretándome ese nudo ciego. Y, claro, en vez de llanto, me salió la risa, la maldita risa. Lola se puso furiosa, se abrió la blusa y me mostró dos chupones, de vampiro, mirá, dijo, mirá bien, para que sepás que ya no te necesito en mi cama. Y yo riendo, riendo, no quería, ¿ha visto usted la película del hombre lobo que se amarra en la luna llena? Me pasó igual, yo hubiera querido que alguien me ate esta mano, pero no, ahí sólo estábamos Lola y yo, acabando de cenar. Agarré el cortaplumas con que pelábamos naranjas, y se lo chanqué. Se lo chanqué, con dolor, dolor inmenso que no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Sin verle la cara, porque sólo se me aparecían las figuritas fosforescentes. Y yo riendo, cuando sólo quería gritar, riendo, riendo, veía al hombre araña hecho pedacitos, los rompecabezas para los niños, y la fui destrozando a mi Lola, destrozando, viera usted cuánto horror, y yo imaginando a Micky Mouse, y a carcajadas.

Por eso, a su pregunta, sólo puedo decir en mi defensa que uno es lo que hace para obtener el pan de cada día, señor juez. Sé que a usted le parecerá estúpido que yo le llame a esto "accidente de trabajo", pero ¿qué otra cosa es? A ver, dígame, usted que sabe.

Esta mañana amanecí muerta. El corazón, sin embargo, seguía ahí, palpitando. Lo sé porque coloqué mi mano derecha sobre mi seno izquierdo y pude sentir, sordo, el rumor de la sangre que va y viene, va y viene, en el río circular de esta existencia. No hay muerte clínica, ¿caso importa?, mientras lo demás permanezca en tinieblas, podemos seguir menstruando, arrojando al espacio sísmico los óvulos de los hijos, de las civilizaciones que ya no serán. Nunca más. Y estaré muerta. Igual.

Ayer, después de haberlo meditado mucho, fui. Me atendió una joven de pelo rubio, ¿qué saben las jovencitas de pelo rubio?, pienso. De todas maneras, apuntó con corrección el nombre, el apellido, la edad, esos datos... Me miró con extrañeza cuando le entregué la fotografía. Era una fotito de estudio, sin sonrisas, sin circunstancias. Había que explicar algo, claro. Porque incluso esa jovencita de pelo rubio, en su rubia extrañeza, intuía que aquello correspondía a algo más que un capricho. Retornaba al orden de la normalidad, lugar seguro para su rubiedad, esa condición que nos aleja doblemente, y no porque yo no me hubiera oxigenado el pelo nunca, sino porque la rubiedad es de una alegría feroz, un toque de rey Midas, y yo, en ese momento, ya había dado los primeros pasos hacia esa muerte mía (aunque, vamos, fingía no saberlo), la jovencita rubia aceptó incluir los datos en la página de avisos.

De modo que esta mañana, cuando abrí el periódico, no hubo la sorpresa del acto inesperado, pero sí la discreta perplejidad, el hielo en la médula ante el hecho consumado, total, ajeno ya a la voluntad que le dio origen. A la izquierda del aviso hay una columna de pequeños, infimos avisitos, llamadas de auxilio de gente desesperada: *hombre maduro busca a mujer joven, vendo riñón para trasplante, ¿tienes problemas de erección?, payaso profesional ofrece sus servicios para fiestas infantiles...* A la derecha, alguien patéticamente agradecido reza: *Santo Expedito, vos que sos el Santo de los desesperados, vos que sos el Santo de los afligidos, vos que sos el Santo Guerrero, de las causas justas y urgentes, socórreme, alíviame en esta hora de aflicción...* El aviso, mi aviso, está en recuadro negro, como corresponde, pero sin la cruz cristiana, no quiero cruces.

A la jovencita rubia le dije que mi hermana gemela había muerto. "Son idénticas", dijo mirando la foto, mirando mis ojos, tomando para sí la constatación de que la gemelidad tiene algo de diabólico. "Sí, éramos idénticas", mentí. El corazón me latía con fuerza, obsecamente, sabiendo que mañana, es decir, hoy, ya no sería necesario ir al trabajo, sonreír, "buenos días, señora", cargue su bolsita para la basura, ¿sabe cuánto dióxido de carbono producimos con sólo respirar?

Mi nombre, mi fotografía, mi deceso, y todos esos otros datos: *ejemplar ciudadana, profesora, activista por el medio ambiente*, todo eso queda, finalmente, en el aviso necrológico, ya fuera de mí, dulce mutilación..., dulce mutilación. Tomo la tijera, recorto el aviso y lo pego en mi álbum de recuerdos, junto a una imagen donde se me ve sonriente, haciendo la primera comunión.

Giovanna Rivero Santa Cruz.  
Montero, 1972.